

POR LOS CAMINOS DEL REINO
COMPROMISO

FICHA: AL SERVICIO DEL REINO

ANEXO II
OCTAVO FRAGMENTO DEL DIARIO DE JUDIT

Corozáin, día 2 de Kislev

Hace frío, pero la hoguera da suficiente calor y aún suficiente luz como para que pueda escribir. Los del grupo ya se han acostumbrado a verme en los momentos y lugares más extraños escribiendo, aunque les sigue sorprendiendo. Ninguno es muy dado a escribir, y somos raras las mujeres que podemos hacerlo. Al principio no me atrevía a escribir cuando estaba con ellos, porque mi padre siempre me advirtió que debía ser un secreto, so pena de que todo el mundo pensara que yo no era una buena mujer y no podría casarme y tener hijos. Pero Jesús no piensa así de las mujeres, y aunque a los del grupo no lo tienen tan claro como él, al menos no se atreven a meterse conmigo por ello. Incluso alguno me anima: “escribe, Judit, que aquí están pasando cosas muy importantes y alguien tendrá que contarlas a los que vengan después”...

He vuelto a salir con Jesús y su grupo, sólo unos días; está entrando el invierno y es más difícil hacer viajes largos. Pero Jesús quiere aprovechar para visitar todos los alrededores. Está como siempre, animoso y tranquilo, pero parece tener más prisa, como si no le quedara mucho tiempo. Ha hecho algunos comentarios misteriosos sobre la muerte, sobre su muerte, que nos han dejado preocupados. Que es necesario morir para dar fruto, que no nos asustemos, pero que es muy posible que no le permitan seguir adelante con su misión... que se acerca su hora... Lo dice un día, así como sin más, y todos preguntamos y alborotamos, pero él nos dice que no queramos saberlo todo, que Dios sabe... y, cuando al día siguiente le vemos sonriendo como si nada, pensamos que ha sido un mal pensamiento de un día. Pero yo no estoy segura: le veo apurar los días para anunciar a más gente el Reino, para curar enfermos, para llegar al último rincón, y me pregunto si no será cierto que cree que no queda mucho tiempo. Y si no queda mucho tiempo, ¿para qué? ¿Cómo llegará el Reino? ¿Cómo se manifestará? No sé si Jesús lo sabe con claridad, pero, cuando le preguntamos, sólo nos dice que eso está en manos de Dios...

Estos días nos ha mandado en grupos pequeños o por parejas a anunciar la Buena Noticia, como si nos estuviera entrenando para que hiciéramos lo mismo que él. Yo fui con Susana y Juan, llegamos hasta las aldeas de Chabulon y Kefar. Las instrucciones de Jesús era que fuéramos confiados, que nos quedáramos donde nos acogieran, que contáramos lo que vamos viendo del Reino y que ayudáramos y sanáramos a quienes nos encontráramos en necesidad. A pesar de toda la experiencia con Jesús, a mí me costó al principio, siempre me cuesta. Una cosa es acompañar a Jesús, que tiene esa facilidad para entrar en contacto con las personas, y otra tomar la iniciativa. Además, a Susana y a mí, como mujeres, muchos hombres no nos hacen caso, ni siquiera nos dirigen la palabra, y Juan es bastante tímido.

Así fue que en Chabulon no supimos por dónde empezar. Susana y yo fuimos a la fuente e intentamos hablar con las mujeres, pero, aunque nos acogieron bien, en cuanto les hablamos de Jesús y de la necesidad de unirnos para cambiar las cosas nos miraron con desconfianza y no quisieron saber más. Juan se había quedado en la plaza, e intentó conversar con los jornaleros que estaban esperando a que les contrataran, con bastantes pocas posibilidades; estaban enfadados y tampoco quisieron escucharle. Que si éramos unos ilusos, que anduviéramos con cuidado, que más nos valdría quedarnos en nuestra casa...

Cuando nos encontramos los tres, desilusionados y tristes, decidimos seguir adelante. Ya dice Jesús que si no quieren oírnos están en su derecho, y que no merece la pena perder el tiempo con aquellas personas que no quieren que nada cambie. Lo dice con tristeza, pero siempre repite que el Reino de Dios no se puede imponer, que Dios no quiere esclavos, sino hijos, y que nadie puede imponer el amor.

Una por otra, a la entrada de Kefar nos encontramos con un montón de gente que acudían a auxiliar a una familia cuya casa se había incendiado. Nos sumamos a la ayuda y, entre todos, conseguimos apagar el incendio, pero fue poco lo que se pudo salvar. Afortunadamente, no murió nadie, pero dos de los niños estaban medio desmayados por el humo, Susana y yo, con su hermana, aún muy joven, pero muy resuelta, los llevamos al río para alejarles del humo, darles agua y lavarlos.

Los vecinos enseguida se organizaron para dar cobijo a la familia que perdió su casa en el incendio, pero la madre y el padre, aunque

aceptaron muy agradecidos que alojaran a sus cinco hijos, prefirieron quedarse a dormir en el granero comunal: la aldea no es muy grande y sabían del poco espacio que tienen sus vecinos. A nosotros también nos ofrecieron alojamiento, agradecidos por nuestra ayuda, pero preferimos quedarnos con ellos en el granero. Casi sin darnos cuenta, algunas vecinas habían llevado algunas cosas para cenar; nosotros también sacamos lo que llevábamos y lo compartimos con Aarón y Ruth (que así se llaman) y con el resto de los vecinos. Encendimos una hoguera, yo pensaba que cómo son las cosas, el fuego que nos resulta imprescindible para vivir se puede volver en un momento dado destructivo y provocar una tragedia...

Ruth y Aarón parecían resignados, pero, al irse los vecinos, no aguantaron más: Ruth rompió a llorar y Aarón estaba consumido por la rabia y la impotencia. Nos contaron que todo lo que tenían estaba en esa casa y que no sabían cómo iban a pasar el invierno. Aarón era jornalero, y sabiendo lo difícil que era tener trabajo en invierno, habían guardado cuidadosamente provisiones para poder sobrevivir. No tenían familia cercana que les pudiera ayudar; los padres habían muerto hacía tiempo y los hermanos y hermanas se habían ido a buscar lugares donde hubiera más trabajo.

Nosotros les escuchamos; necesitaban desahogar, y realmente habían quedado terriblemente desprotegidos. Nos agradecieron la escucha y también la ayuda durante el día, y luego se interesaron por nosotros, ¿qué hacíamos allí? Les contamos de Jesús, y Juan tuvo la feliz idea de contarles algunas de las experiencias que habíamos tenido con él y que nos decían que podíamos cambiar las cosas, comenzando por lo pequeño. Que, por ejemplo, ellos no tenían por qué quedar desprotegidos, si, como esa noche, toda la aldea se sumaba a ayudar. Les contamos la experiencia con los panes y los peces, aquel día que éramos un montón de gente y no teníamos comida, pero Jesús nos propuso que cada uno compartiera lo poco que tenía y resultó que no sólo alcanzó, sino que sobró un montón de comida...

Al principio ellos nos miraban un poco escépticos, pero, poco a poco, yo notaba cómo se les iba encendiendo una llamita de esperanza en el corazón. Yo creo que se fueron a dormir un poco confortados...

Al día siguiente nos pusimos con Aarón y Ruth a ver cómo podíamos reconstruir su casa. Los vecinos que habían alojado y algún otro se

acercaron en seguida, y empezaron a echar una mano. El problema principal era que no teníamos con qué hacerlo. Los vecinos que estaban allí aportaron lo que podían, pero faltaban muchas cosas. Juan, Susana y yo nos ofrecimos a ir al pueblo y animar a todos a que pusieran lo que pudieran para ayudar. A Aarón y Ruth les daba mucha vergüenza, pero entre todos les hicimos ver que no había por qué: podía pasarle a cualquiera y todos podíamos y debíamos ayudar.

La verdad es que el hecho de pedir ayuda concreta para Ruth y Aarón nos facilitó mucho la relación con los vecinos y hablar de Jesús y del Reino de Dios. Todos eran sensibles a la situación en la que habían quedado, todos sabían que a cualquiera le podía pasar lo mismo, y escucharon atentos la experiencia que íbamos teniendo en los pueblos por los que pasábamos, donde la gente se iba organizando, apoyando mutuamente y haciendo las cosas de manera más solidaria. Así era fácil explicar y entender que es que Dios no quiere las cosas como están, tan injustas, sino que su voluntad es que todos vivamos como hermanos, compartiendo lo que tenemos, apoyándonos mutuamente, repartiendo de manera equitativa los recursos que Él nos ha dado para todos.

Algunas personas habían oído hablar de Jesús, de cómo se decía que curaba a los enfermos y resucitaba a los muertos, y preguntaban si era cierto. Nosotros les decíamos que sí, que a través de Jesús Dios estaba haciendo muchos milagros, pero que también era un milagro lo que estaba pasando con ellos cuando apoyaban a Ruth y a Aarón, y a sus hijos. Les invitamos a acercarse con nosotros a conocer a Jesús y a cambiar la forma de vivir, a acoger el Reino de Dios que viene.

Nos quedamos allí un par de días y luego seguimos nuestro camino; nos volvimos aquí alegres y con la sensación de que algo había cambiado para bien en Kefar. Mientras volvíamos, lo recordamos todo y nos dimos cuenta de cuántos pequeños detalles ayudaron a que pudieran escucharnos: la actitud y la experiencia maternal de Susana hizo que las mujeres la escucharan y nos ayudó a todos a saber cómo ayudar, la profundidad de la reflexión de Juan nos ayudó para explicarles en lo concreto la experiencia del Reino; mi estilo soñador y entusiasta, pero también práctico, hizo que les pudiéramos sugerir alternativas ante situaciones complicadas... Al llegar, nos atropellábamos contándole a Jesús emocionados todo lo que habíamos vivido, él sonreía viéndonos tan orgullosos...

Eso fue hace cinco días y cuál no sería nuestra sorpresa cuando ayer, al mediodía, entre la gente que estaba escuchando a Jesús vimos llegar a un grupito de Kefar, entre los que estaban Aarón y Ruth con sus hijos. Nos contaron que los vecinos se habían organizado para ayudarles durante el invierno: todos iban a compartir parte de sus bienes para que pudieran sobrevivir. Ruth y Aarón, por su parte, ayudaban lo que podían en las diferentes tareas comunes. La dificultad les había unido, y, así, también habían comenzado a preocuparse por la situación de algunas otras familias del pueblo que pasaban dificultades.

“Vuestra visita fue muy importante”, me dijo Ruth con los ojos brillantes”, y necesitábamos conocer a ese Jesús del que tanto hablabais y que está haciendo todas esas cosas. Ahora que lo conocemos ya nos damos cuenta de que es verdaderamente un profeta, y yo ya creo en él, no por lo que tú me dijiste, sino porque lo he visto. He visto cómo llega el Reino de Dios”...

El grupito de Kefar hoy ha vuelto a su aldea, no sin antes hablar largamente con Jesús y pedirles que los visite. Y yo me quedo con la impresión de que, como dice Jesús, el Reino de Dios es como una semilla, que uno esparce y no sabe si va a echarse a perder o a arraigar en tierra buena. Que hay muchas decepciones y muchas dificultades, pero que, cuando cae en tierra buena, da un fruto desbordante...

Jesús a veces mira a la gente y se conmueve, porque hay mucha gente que sufre y necesita ayuda, consuelo, y la Buena Noticia de Dios. Y nos dice que roguemos al dueño de la mies que envíe más trabajadores, porque hay mucho trabajo por hacer.

Gracias, Papá/Mamá Dios, por confiar en nosotros y seguir sembrando tu Reino. Quiero ser una trabajadora de tu mies...

Judit.